

EL IMPACTO POLITICO-ESTRATEGICO DE LOS PROYECTILES INTERCONTINENTALES

Los proyectiles intercontinentales constituyen una forma inédita de hacer la guerra, cuyas consecuencias sobre la misma son difíciles de prever; pero de lo que no cabe duda es que han de tener una influencia considerable, tanto sobre la guerra propiamente dicha como en las relaciones políticas entre los pueblos.

El satélite artificial, lanzado últimamente por los rusos, constituye uno de los hechos más notables de nuestro tiempo, pues jamás el hombre había conseguido, y ni tan siquiera intentado, enviar un artefacto que se escapara de las leyes de la atracción terrestre y pasara al dominio de las de la gravitación universal y de las leyes que rigen el movimiento sobrehumano de los cuerpos celestes. Por ello, su repercusión psicológica ha sido de un enorme alcance, y en este caso a favor de la U. R. S. S., que fué el primero en lanzarlo, de tal forma que cuando consigan llevar a la práctica los norteamericanos el suyo, es muy posible que su altura sea superior a las del ruso, pero en alcance psicológico no será igual, pues la sorpresa del hecho y la primacía del resultado será siempre algo indiscutible. En la actual guerra fría entre el Oriente y el Occidente hay que pensar también en el aprovechamiento del éxito como diversión estratégica sobre un objetivo principal, en este caso Siria. La coincidencia de estos dos hechos, la revolución siria y el lanzamiento del satélite artificial, hace pensar si no habrán querido los rusos aprovechar el momento psicológico producido para conseguir un control completo de Siria y obtener otro satélite, de tipo político en este caso y mucho más importante que el artificial, en el Mediterráneo Oriental, que, junto con Egipto, hagan peligrar la hegemonía occidental en el Próximo Oriente. Es muy posible que sin la firme actitud de Turquía, que no se ha dejado asustar por la amenaza de ser barrida en veinticuatro horas, y la no menos firme norteamericana de enviar a aquellas aguas la VI Flota con órdenes concretas, la diversión celeste hubiera tenido resultados tangibles para la U. R. S. S.

Pero no es, en realidad, el satélite artificial lo que debe preocuparnos a los europeos, sino la posibilidad que tienen los actuales proyectiles de atravesar miles y miles de kilómetros llevando en su extremo, no una inofensiva esfera cargada de instrumentos de medidas de los diversos tipos de vibraciones que pueblan el mundo interplanetario, sino la posibilidad de ser sustituida por una cabeza de combate termonuclear capaz de hacer explosión en los lugares más lejanos y de mayor importancia económica, política o estratégica de la tierra.

Hay que tener en cuenta las extraordinarias posibilidades de destrucción que tienen estos explosivos, lo que, unido a la lejanía de su transporte, la imposibilidad de su interceptación y su posible precisión en el impacto, los convierten en un arma de consecuencias, no ya estratégicas, sino humanas, muy difíciles de prever. Si los explosivos fueron los hasta ahora llamados convencionales, su efecto no pasaría de ser, poco más o menos, como el de una bomba de aviación, y dado el precio de estos artefactos, el no ser recuperables y el gran número de ellos necesarios para conseguir efectos importantes, su entrada en el campo bélico no llegaría a sustituir a la aviación de bombardeo estratégico. Pero el hecho de poder transportar un explosivo de varios megatones cambia fundamentalmente sus posibilidades de aplicación, incluso por razones económicas. Hay que tener en cuenta que de los efectos terribles pero limitados, en el espacio, de la bomba de Hiroshima a las actuales bombas de Hidrógeno va un abismo. Así, aquella tenía un radio de acción de unos 1.800 metros y a los 3.000 metros podía considerarse que ya no tenían efecto las temibles emanaciones radiactivas producidas por los rayos gamma. Pero en las actuales bombas «H» se producen los siguientes fenómenos: producción de una bola de fuego de tres kilómetros de radio, en los que todo queda destruido o incendiado; formación de una segunda esfera de veinte kilómetros de radio, en donde la onda explosiva es tan intensa que todo queda arrasado. Por último, tercera esfera de cincuenta kilómetros de radio, en la que las radiaciones gamma son tan intensas que todo signo de vida queda suprimido en ella.

Pues bien, un explosivo de esta naturaleza es el que pueden llevar los proyectiles intercontinentales, conduciendo a estas tres esferas mortíferas a cualquier lugar de la tierra. Claro es que cuanto más cerca mejor, pues su precisión será mayor, así como las posibilidades de conducirlos por medios electrónicos situados en sus proximidades o mejor en un flanco de su trayectoria.

La magnitud de las destrucciones provocadas por este medio no tiene

más remedio que influir en la estrategia occidental y, muy posiblemente, repercutir en el actual sistema de alianzas.

La estrategia general seguida por los Estados Unidos en su pugna con la U. R. S. S. ha consistido en el aislamiento político de ella y el cerco militar conseguido por medio de alianzas que le ha permitido, a costa de grandes gastos, la creación de un sistema de bases periféricas de bombardeo estratégico. Con esta forma de obrar las partes vitales de la U. R. S. S. han sido situadas bajo el radio de acción de su aviación de bombardeo estratégico, con cuyo auxilio pensaba ablandar la retaguardia de los soviéticos. Naturalmente, esta especial situación estratégica de cerco hacía pensar constantemente la amenaza atómica en la mayor parte del inmenso territorio de la U. R. S. S., pues, además, allí a donde no pudiesen llegar las fuerzas aéreas norteamericanas por falta de bases terrestres, los superpartaaviones construídos y los por construir podrían llevar aviones capaces de cargar con explosivos nucleares y alcanzar las industrias vitales de Siberia o de los Urales.

Pero los proyectiles intercontinentales con cabeza termonuclear han echado por tierra de la noche a la mañana esta situación estratégica de cerco creada con tanto trabajo y gastos por Norteamérica. Hay que pensar que las primeras víctimas elegidas por estos proyectiles no serán las del territorio metropolitano norteamericano, sino todas las bases periféricas de bombardeo estratégico, pues con ello, de un solo golpe, se libraría de la terrible amenaza atómica que hoy día pende sobre ella, y solamente tendría que habérselas con los proyectiles intercontinentales de su enemigo lanzados a través del casquete polar, que, por su valor y su lejanía nunca serían tan efectivos como los bombardeos sobre blancos elegidos desde el aire.

En cuanto a la falta de precisión de estas armas tampoco habrá que darla demasiada importancia, pues cincuenta kilómetros de radio de acción es más que suficiente para asegurar que las instalaciones más importantes serían destruídas, y todo lo que les rodea, debiendo contarse con el consiguiente factor psicológico sobre el país seleccionado para poner en práctica esta clase de bombardeo neutralizado de las bases norteamericanas.

Este *reverssement* de la situación estratégica debido a los peligros que traen sobre los pueblos, ¿no puede ser la causa de la conmoción de los actuales sistemas de alianza? Es lógico que los pueblos, más o menos, sean capaces de ir a la guerra al lado de un fortísimo aliado que les garantiza en una situación bélica las comunicaciones marítimas. Pero nos preguntamos, ¿el terror de ser arrasado de forma fulminante por las bombas «H»

no pesará más sobre sus espíritus que cualquier otra consideración? Es muy posible que así sea. Norteamérica ha sido muy generosa con algunas naciones, que incluso han sido enemigas suyas, ayudándolas en su reconstrucción, mientras que con otras ha sido tacaña de sus dólares, no dando más que lo preciso para la creación de sus bases aéreas. Pero después de la aparición de los proyectiles intercontinentales no hay reciprocidad entre lo mucho a que se expone el país europeo que cuente con estas bases aéreas y lo que recibe de Norteamérica. Hay que pensar que por muy perfecta que sea la organización de la defensa aérea, las redes de radar, etc., todo sería inútil ante este proyectil y su carga explosiva termonuclear de gran potencia. Por ello, habrá países con los que tendrá que revisar el tratado hasta que éste sea prometedor y justo ante la nueva situación o tendrá que marcharse con el fin de evitar al país terribles y fulminantes peligros que lo arrasen en pocos segundos.

La única parada real que se divisa en el horizonte contra este proyectil intercontinental es política, y la constituye la unión europea. Si las diversas naciones de Europa, ante la situación planteada, dejaran a un lado sus tradicionales e inútiles rencillas y antagonismo, de poca monta ante la magnitud de lo que indudablemente se fragua, y uniera sus esfuerzos industriales, económicos y técnicos, dejaran rearmarse a Alemania de una forma real y no simbólica y se uniera en un solo bloque político, se convertiría en la tercer superpotencia, que podría contar también con sus proyectiles intercontinentales, puesto que es la inventora de ellos, y con la bomba «H», ya producida por Inglaterra. De esta forma, ella podría decidir la contienda según se inclinase de uno u otro lado, sirviendo, por lo tanto, de moderador de ambiciones y afanes de hegemonía mundial.

No se divisa otra solución al problema estratégico planteado. Los proyectiles intercontinentales, dentro de más o menos tiempo, pondrán en evidente peligro el Pacto del Atlántico, a no ser que Norteamérica encuentre la parada técnica a dichos proyectiles y consiga su real interceptación. En caso contrario, nadie querrá ser su víctima propiciatoria, máxime cuando los beneficios de la alianza sean escasos y de poco fruto para la recuperación del país.

ENRIQUE MANERA